

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Obispo de Sigüenza – Guadalajara

FORMACIÓN CRISTIANA Y EVANGELIZACIÓN



CARTA PASTORAL – NOVIEMBRE 2021

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Obispo de Sigüenza – Guadalajara

FORMACIÓN CRISTIANA Y EVANGELIZACIÓN

CARTA PASTORAL – NOVIEMBRE 2021

Maquetación e impresión:
LaEstación Publicidad SL

www.laestacionpublicidad.com

Contenido

Introducción	7
1. Preocupación de la Iglesia por la formación de sus hijos	10
1.1. Algunas anotaciones bíblicas.....	10
1.2. Algunas concreciones históricas.....	11
1.3. La celebración del Concilio Vaticano II.....	13
1.4. San Juan Pablo II y Benedicto XVI.....	14
1.5. El papa Francisco.....	17
1.6. Los Obispos españoles.....	18
1.7. Situación actual de la formación.....	19
2. La formación cristiana y sus exigencias	21
2.1. Definición de la formación cristiana.....	22
2.2. La formación cristiana no es un fin, sino un medio.....	23
2.3. Formación permanente.....	24
2.4. Formación integral.....	25
2.5. Ámbitos de la formación cristiana integral.....	27
2.6. Responsables de la formación.....	31
2.7. Etapas del proceso de formación.....	33
3. Objetivos de la formación cristiana	38
3.1. Favorecer el encuentro con Cristo.....	39

3.2. Descubrir y cumplir la voluntad de Dios	40
3.3. Crecer en la conciencia de pertenencia a la Iglesia y en el amor a la misma.....	41
3.4. Colaborar a la formación de comunidades cristianas creyentes	43
3.5. Colaborar a la formación de comunidades cristianas esperanzadas.....	45
3.6. Colaborar a la formación de comunidades cristianas de amor fraterno	47
3.7. Anunciar el Evangelio	49
4. Aspectos que debemos asumir para iniciar un proceso de formación	52
4.1. La formación cristiana debe tener un lugar prioritario.....	53
4.2. Sin conversión, es imposible la formación	54
4.3. La formación presupone una antropología.....	55
4.4. Valorar lo que tenemos	56
4.5. Cada uno es el protagonista de su formación	56
4.6. La formación exige esfuerzo e interés	57
4.7. La formación exige la organización del tiempo	58
4.8. No hay formación sin formadores	59
4.9. Materiales de formación	60
4.10. Necesidad de ofrecer respuestas formativas articuladas.....	61
5. Conclusión	63
Siglas utilizadas.....	65

Introducción

Queridos diocesanos:

En la carta pastoral *Bautizados en el Espíritu para la Misión*, publicada en 2019, os invitaba a profundizar en la identidad cristiana, pues de nuestra inserción en la comunión de amor y de vida en las personas de la Santísima Trinidad por el sacramento del bautismo nacen la llamada a la santidad, nuestra condición de hijos de Dios, la comunión entre todos los cristianos, la corresponsabilidad en la acción pastoral y el envío en misión hasta los confines de la tierra.

Con el propósito de renovar, impulsar y concretar estas exigencias bautismales en la vida personal y comunitaria, en estos momentos estamos celebrando el sínodo diocesano. Aunque hemos tenido que hacer una pausa en sus trabajos, debido a la rápida propagación del coronavirus, sin embargo, hemos de seguir orando por su fruto espiritual, con la esperanza de que el Señor aleje de nosotros la pandemia, para reanudar el trabajo de los grupos sinodales.

Con la confianza puesta en la acción constante del Espíritu en la Iglesia y en el corazón de cada bautizado, quiero agradecerlos a todos los diocesanos –sacerdotes, consagrados y fieles laicos– la conciencia de pertenencia a la diócesis, la participación gozosa en los trabajos sinodales, el interés por poner los talentos recibidos del Señor al servicio de los hermanos y, sobre todo, la oración por el fruto espiritual del sínodo.

Los cristianos hemos de vivir y actuar siempre con la profunda convicción de que, sin la luz de la Palabra divina y sin la búsqueda convencida de la santidad, no tiene sentido el sínodo ni las restantes actividades pastorales, pues somos sólo humildes colaboradores de la misión del

Señor. No actuamos por cuenta propia o según nuestros gustos, sino como enviados del Padre, por medio de Jesucristo.

Durante este tiempo de espera, hemos experimentado intenso dolor por el contagio de familiares, amigos y conocidos. El desconocimiento de los comportamientos del virus y de sus secuelas, además de producir el normal desconcierto y miedo al no conocer el antídoto adecuado, nos ha privado también de la visita a los enfermos en los hospitales y del acompañamiento oracional a las familias en la despedida de sus seres queridos. Hemos experimentado la impotencia al no poder realizar actividades que considerábamos justas, necesarias y convenientes.

En medio de todo, debe permanecer siempre viva en nuestros corazones la gratitud al personal de nuestros hospitales, a los cuerpos y fuerzas de seguridad, a los bomberos, a los servicios funerarios, a las personas que han tenido que mantener la actividad laboral para darnos de comer y a tantos voluntarios que han arriesgado sus vidas, al carecer de la adecuada protección, para servir a los demás y para ayudarles en sus necesidades primarias.

No puedo dejar de agradecer a los sacerdotes la atención espiritual a los enfermos en los hospitales, el acompañamiento a sus familias y la oración en el sepelio de los difuntos. Así mismo, debo dar gracias a Dios por la atención sacrificada de las religiosas a los mayores en las residencias, por la oración de las monjas de clausura, por la entrega incondicional de los trabajadores y voluntarios de Caritas que, impulsados por el amor de Dios, no han cesado de ofrecer ayuda, cariño y acompañamiento a los más desfavorecidos. El generoso servicio de tantos hermanos en los distintos momentos de la pandemia es manifestación de la constante actuación del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo.

Son muchas las lecciones que hemos recibido de esta enfermedad. Sobre todo, hemos descubierto que somos vulnerables, que todos vamos en el mismo barco y que nos necesitamos unos a otros para afrontar los distintos momentos de la existencia. La fe en Dios y la confianza en sus promesas nos ha permitido mantener viva la espe-

ranza en medio de las oscuridades del camino recorrido. Solo Dios puede levantar nuestra esperanza y restañar las heridas que tanto dolor han dejado en nuestros corazones.

Cuando Dios quiera, continuaremos la reflexión sobre los distintos temas sinodales. Aunque el camino a recorrer se presente oscuro y difícil, los cristianos hemos de recorrerlo siempre con la esperanza que nace de la confianza en la actuación del Espíritu que sopla como quiere y que derrama sus dones en la Iglesia, en el mundo y en el corazón de cada ser humano para que nunca se sienta solo.

En todos los instantes de la vida, Dios, mediante la actuación de su Espíritu, nos precede en el camino y nos ilumina con su Palabra, para que no olvidemos nunca que la misión no es nuestra, sino suya. A medida que avanzamos en la celebración del sínodo, constatamos que es una gozosa experiencia de comunión y que, como nos dice el papa Francisco, la sinodalidad es «el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio»¹.

Esto significa que la vida cristiana y la evangelización no podemos vivirlas como un peso o como el simple cumplimiento de un mandato, sino con profunda gratitud al Señor que quiere servirse de nosotros para hacer llegar su amor y salvación a todos los hombres. Por eso, para un cristiano, la experiencia de su unión a Jesucristo y el envío a evangelizar son realidades que no pueden disociarse la una de la otra.

Partiendo de estos presupuestos, en esta carta pastoral, además de animaros a seguir participando con esperanza en los trabajos sinodales, cuando Dios y las medidas sanitarias lo hagan viable, quisiera ofrecer os una sencilla reflexión sobre la necesidad de la formación integral y permanente de todos los bautizados, pues hoy –como muchos de vosotros habéis manifestado en la encuesta sinodal– sin una renovación de la fe es imposible ser auténticos discípulos de Jesucristo, crecer en la amistad con Él y mostrar la alegría del Evangelio a nuestros semejantes.

¹ FRANCISCO, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015): AAS 107 (2015) 1139.

1

Preocupación de la Iglesia por la formación de sus hijos

La Iglesia, desde los inicios de su actividad evangelizadora, tuvo la firme convicción de que era necesario ofrecer una buena formación cristiana a todos sus hijos. Por eso, en cada situación histórica, procuró ofrecer distintos contenidos formativos que ayudasen a los creyentes a madurar en su fe y a vivirla consecuentemente.

Con el fin de constatar esta inquietud de la Iglesia por la formación cristiana de sus hijos, en el primer apartado de esta carta considero oportuno hacer un breve recorrido por la actividad formativa de la Iglesia desde los primeros momentos, poniendo especial atención en algunos documentos del Magisterio pontificio posteriores a la celebración del Concilio Vaticano II.

1.1. Algunas anotaciones bíblicas

El *Libro de los Hechos de los Apóstoles* señala que la misión de los apóstoles y de los primeros discípulos está especialmente centrada en la pastoral de la fe. Los apóstoles anuncian lo nuclear de la fe cristiana e invitan a quienes escuchan sus enseñanzas al seguimiento de Jesucristo como el enviado del Padre y el Salvador de los hombres (cf. Hch 2,36).

Con el propósito de profundizar en el conocimiento de Jesucristo para crecer en su seguimiento, los primeros cristianos se reunían en las casas para la oración en común, para la fracción del pan y para escuchar la enseñanza de los apóstoles. La formación cristiana, concre-

tada especialmente en la escucha y vivencia de las enseñanzas apostólicas, era un elemento esencial en la vida de los primeros cristianos (cf. Hch 2,42).

El apóstol Pablo, profundamente dolido por las divisiones en la Iglesia de Corinto, puesto que algunos predicadores actuaban con criterios mundanos, escribe a los miembros de aquella comunidad para ayudarles a descubrir que la verdadera sabiduría, en la que él fundamenta su misión apostólica y en la que ellos deberían sustentar su vida cristiana, no está en los libros, sino en el conocimiento de Jesucristo muerto y resucitado: «Cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios –les dirá– no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado» (1 Cor 2,1-16).

Pablo, apoyándose en la experiencia personal y en el propio testimonio creyente, les hace ver a los cristianos de Corinto que el auténtico conocimiento de Jesucristo no depende de la sabiduría humana, sino de la acogida de la gracia divina y de la respuesta a la acción del Espíritu Santo. Este conocimiento es el que hace posible entrar en la intimidad con Cristo para vivir en comunión con Él.

Por la fe en Jesucristo, los creyentes viven íntimamente unidos a Él como manifestación suprema del amor del Padre y permanecen también íntimamente unidos entre sí, como piedras vivas de su Iglesia (cf. 1 Cor 1,17-2,16). Por eso, quienes descubren la sabiduría de Dios y la hacen suya tienen los resortes necesarios para no dejarse arrastrar por los criterios del mundo y para no estar a merced de los criterios humanos.

1.2. Algunas concreciones históricas

A partir del siglo II, la Iglesia siente la necesidad de organizar la iniciación cristiana para la formación de quienes van a recibir los sacramentos. Este proceso iniciático se va estructurando paulatinamente durante los siglos III y IV. Los paganos que pedían la conversión al cristianismo recibían una formación básica por medio de un proceso

catecumenal que duraba unos tres años. Los Obispos y presbíteros eran los responsables de iniciar a los misterios de la fe cristiana, especialmente durante el tiempo cuaresmal.

Esta iniciación cristiana en algunas Iglesias se completaba durante el tiempo pascual con las catequesis mistagógicas. En ellas se profundizaba en el significado de los misterios sacramentales que habían sido recibidos previamente. Durante este largo proceso, que no era simplemente doctrinal, sino experiencial y vivencial, los catecúmenos asumían la necesidad de dar muerte al pecado en sus vidas para abrirse a la vida nueva en Cristo.

A lo largo de la Edad Media, la Iglesia tiene en los monasterios el principal motor religioso, cultural y artístico. En el silencio de estos centros de oración y estudio surgen los principales autores de los tratados de espiritualidad, mística y moral. Mediante la formación que se imparte en ellos, muchos bautizados reciben los contenidos básicos de la fe, superando de este modo las costumbres paganas y las supersticiones. Además del cuidado de la oración litúrgica, los monjes y monjas desarrollan un papel fundamental en la promoción de la cultura y en la formación cristiana de los escolares, así como en la atención y defensa de los derechos de los pobres, enfermos y cautivos.

Hasta el siglo pasado, la formación cristiana se ofrecía normalmente en la familia, en la catequesis parroquial, en los ejercicios espirituales, en el estudio de la historia sagrada y en las charlas al Pueblo de Dios en momentos señalados del año litúrgico. Quienes participamos de aquella formación somos también testigos del importante papel formativo que llevaron a cabo los movimientos apostólicos en la renovación de las parroquias, especialmente los movimientos de Acción Católica. Con esta formación se ponían las bases para la maduración de la fe de los bautizados y para su participación en la acción evangelizadora de la Iglesia.

Aunque esta formación estaba muy centrada en la memorización de los principales contenidos doctrinales del cristianismo, sin embargo, era un medio fundamental para sustentar la fe de los creyentes y para impulsar su compromiso evangelizador en la vida pública, ya que el

ambiente familiar, cultural y social, salvo contadas excepciones, favorecía la vivencia de las virtudes cristianas y la práctica de la fe.

1.3. La celebración del Concilio Vaticano II

Con la convocatoria del Concilio Vaticano II, san Juan XXIII pretendía una renovación espiritual y pastoral de la Iglesia y de cada uno de sus miembros a la luz de la Palabra de Dios. Iluminada por el Evangelio, la Iglesia debía mirarse a sí misma y contemplar el mundo con la mirada amorosa y misericordiosa de Dios. A partir de esta doble mirada, sería posible asumir nuevos retos en la evangelización.

Como consecuencia de esta visión respetuosa del hombre y del mundo, la Iglesia asume un talante más evangélico, vive con más dedicación el servicio a los pobres y muestra un renovado optimismo ante los bruscos y acelerados cambios sociales, políticos y económicos, que ya planteaban en aquel momento serias dificultades para la misión.

Las Constituciones, Decretos y Declaraciones conciliares, entre otras cosas, ayudaron a los cristianos a profundizar en el misterio de la Iglesia, en el conocimiento de la realidad social, en el descubrimiento de las distintas vocaciones eclesiales y en la vivencia de la misión evangelizadora a la luz de la Revelación divina y de la oración litúrgica. De este modo, muchos bautizados, como miembros vivos de la comunidad cristiana, encontraron los fundamentos para actuar consecuentemente con su fe.

Partiendo de la solidez de las enseñanzas conciliares, años después de la celebración del Concilio, vio la luz el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que permitió la revisión y puesta al día de los catecismos nacionales por parte de las Conferencias Episcopales, y –más recientemente– el *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*.

Con estas publicaciones se ponen los cimientos para la iniciación cristiana de los bautizados, para la maduración progresiva de su fe y para la vivencia de su compromiso apostólico en la transformación de las realidades temporales. Además, con el surgimiento de los nuevos movimientos apostólicos y de las nuevas realidades eclesiales,

se abrieron grandes posibilidades para ofrecer una buena formación cristiana a muchos bautizados, en ocasiones, alejados de Jesucristo y de la Iglesia.

1.4. San Juan Pablo II y Benedicto XVI

El papa san Juan Pablo II participó activamente en las deliberaciones conciliares y vislumbró los nuevos desafíos que la realidad social y cultural planteaba a la Iglesia y al cumplimiento de su misión. En distintos momentos de su pontificado nos recordó con sus palabras y con su testimonio a todos los cristianos que era urgente impulsar una *nueva evangelización*, «en su ardor, en sus métodos y en su expresión»².

Para imprimir este nuevo dinamismo evangelizador en toda la Iglesia, al finalizar el Sínodo sobre la vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo, celebrado con ocasión del vigésimo aniversario de la celebración del Concilio Vaticano II, el Papa afirmaba que la formación cristiana de los fieles laicos debía situarse entre las prioridades pastorales de las diócesis y, por tanto, debía incluirse «en los programas de acción pastoral, de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (sacerdotes, laicos y religiosos) concurren a este fin»³.

En el magisterio de san Juan Pablo II, después de las reflexiones y propuestas de los distintos Sínodos de los Obispos, se percibe con mucha claridad que la formación cristiana no solo ha de ser una preocupación de los cristianos laicos, sino de todos los miembros del santo Pueblo de Dios.

Los presbíteros y los consagrados también necesitan la formación permanente, integral y específica para vivir la propia vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Aunque es cierto que todos nos formamos en la acción pastoral y en el compromiso apostólico, sin embargo, para que la acción esté bien orientada a su fin y para evitar improvisaciones indebidas, siempre será necesaria una formación previa.

2 JUAN PABLO II, *Discurso a la XIX Asamblea del Celam*, Haití, 9 de marzo de 1983.

3 CHL 57.

Además, san Juan Pablo II nos indicaba también dónde teníamos que situar la formación integral y permanente de todos los bautizados. Esta formación –decía él– ha de situarse en el diálogo entre Dios, que llama a cada ser humano a ser su hijo, y éste que es invitado a ofrecer una respuesta libre, responsable y consecuente con la llamada recibida⁴. La formación, por lo tanto, debe favorecer la escucha de la voz de Dios para descubrir la vocación y ofrecer los medios adecuados para que todos puedan vivirla en la misión.

Entre los Sínodos de los Obispos celebrados durante su pontificado, tiene un especial relieve para nosotros el Sínodo sobre Europa, convocado en 1999 con la finalidad de encontrar respuestas adecuadas ante la indiferencia religiosa, la progresiva secularización de la sociedad y la huida silenciosa de la Iglesia de muchos católicos europeos.

Este Sínodo propone algunos caminos novedosos que la Iglesia en Europa debería recorrer para impulsar la evangelización. Entre otras cosas, señala que es urgente que las comunidades cristianas «se movilicen para proponer una catequesis apropiada a los diversos itinerarios espirituales de los fieles en las diversas edades y condiciones de vida, previendo también formas adecuadas de acompañamiento espiritual y de redescubrimiento del propio Bautismo»⁵.

Además, habría que relanzar el ministerio de la catequesis como educación y desarrollo de la fe de cada persona, para que crezca la semilla puesta por el Espíritu Santo y transmitida con el bautismo, pues «una catequesis orgánica y sistemática es sin duda alguna un instrumento esencial y primario para formar a los cristianos en una fe adulta»⁶.

También el papa Benedicto XVI, durante todo su pontificado, mostró su preocupación por la necesidad de la formación en todos los miembros del Pueblo de Dios, pues todos ellos, por el bautismo, han recibido la misión de anunciar el evangelio: «Puesto que todo el Pueblo de Dios es un pueblo «enviado», el Sínodo ha reiterado que «la misión de

4 Cf. Ib. 57.

5 EE 51.

6 Ib. 51.

anunciar la Palabra de Dios es un cometido de todos los discípulos de Jesucristo, como consecuencia de su bautismo». Ningún creyente en Cristo puede sentirse ajeno a esta responsabilidad que proviene de su pertenencia sacramental al Cuerpo de Cristo. Se debe despertar esta conciencia en cada familia, parroquia, comunidad, asociación y movimiento eclesial. La Iglesia, como misterio de comunión, es toda ella misionera y, cada uno en su propio estado de vida, está llamado a dar una contribución incisiva al anuncio cristiano»⁷.

En este sentido, con ocasión del cincuenta aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II y del veinte aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, Benedicto XVI convocó del 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013 un *Año de la fe*, con el que invitaba a todos los cristianos a profundizar y a afianzarse en la fe: «Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado»⁸.

Previamente, el 21 de septiembre de 2010, había instituido el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización, con el fin de estimular en toda la Iglesia la necesaria e insustituible misión evangelizadora, una tarea que requiere, ante todo, «hacer una experiencia profunda de Dios»⁹.

Consciente también de la relevancia de la catequesis en la misión evangelizadora de la Iglesia y de la necesidad de sustentar la fe en una doctrina capaz de iluminar la mente y el corazón de los creyentes, el 16 de enero de 2013, transfirió a este Pontificio Consejo las competencias que, en materia de catequesis, tenía, hasta entonces, la Congregación para el Clero.

7 VD 94.

8 PF 2.

9 BENEDICTO XVI, Carta Apostólica en forma de «*motu proprio*» *Ubicumque et semper* con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización, Roma, 21 de septiembre de 2010.

1.5. El papa Francisco

El papa Francisco reconoce que en las últimas décadas creció la conciencia de la vocación y misión de los cristianos laicos en la acción caritativa, en la liturgia y en la catequesis. Afirma, sin embargo, que este compromiso intraeclesial no se manifiesta con tanta fuerza en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Por ello, «la formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante»¹⁰.

Partiendo de la convicción de que todo bautizado tiene que ser un discípulo misionero, quienes han descubierto el amor salvador de Dios, aunque sea de forma imperfecta, no pueden guardar este tesoro para sí mismos, sino que han de comunicarlo a sus semejantes: «Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús (...) Somos siempre discípulos misioneros»¹¹.

En la vivencia de la vocación, los cristianos no podemos ser conformistas, pues el Señor nos pide llegar a la santidad de vida y a la perfección en el amor. Así mismo, tampoco podemos ser conformistas en el testimonio misionero, pues cuando Jesús envía a sus discípulos a anunciar el Evangelio, les indica que no pueden conformarse con lo poco, sino que han de invitar a los hermanos a observar todas sus enseñanzas (cf. Mt 28,20).

Si partimos de esta recomendación de Jesús a los discípulos, parece evidente que ningún cristiano tendría que conformarse con el primer anuncio, sino que debería emprender un camino de formación permanente y de maduración en la fe como respuesta al don recibido de Dios, que siempre nos ama primero. Una formación que no debería considerarse exclusivamente o prioritariamente como una formación doctrinal¹².

10 EG 102.

11 Ib. 120.

12 Cf. EG 160-162.

Al pensar en la transmisión de la fe al hombre de hoy, el Santo Padre señala que, además de cuidar la explicación de los signos litúrgicos a todos los miembros del Pueblo de Dios, en el futuro será preciso recuperar la belleza de las celebraciones, teniendo en cuenta que toda formación debe partir de la profundización en el kerygma: «Toda formación cristiana es ante todo profundización del kerygma que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de iluminar la tarea catequética, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis»¹³.

Entre los distintos ámbitos formativos, el Santo Padre invita a prestar especial atención a la piedad popular, ya que en determinados momentos se ha puesto el acento en las tradiciones de algunos grupos más que en la piedad cristiana: «Hay cierto cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe, que en realidad no responde a una auténtica piedad popular. Algunos promueven estas expresiones sin preocuparse por la promoción social y la formación de los fieles, y en ciertos casos lo hacen para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás»¹⁴.

1.6. Los Obispos españoles

En los años posteriores a la celebración del Concilio Vaticano II, los Obispos españoles publicaron importantes documentos, en los que recuerdan el compromiso evangelizador de todos los miembros del Pueblo de Dios y la urgencia de su formación para poder asumir esta tarea. Para que esta formación no se quede en pura transmisión de contenidos, debe estar acompañada de una profunda renovación espiritual. Sin esta unión entre espiritualidad y formación, será imposible la presencia evangelizadora de los cristianos y de la Iglesia en los distintos ambientes sociales y en las variadas actividades de la comunidad cristiana.

Con el propósito de avanzar en esta dirección, los Obispos publicaban

13 Ib. 165.

14 Ib. 70.

en 1991 un importante documento titulado *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*. Este documento, que sigue estando hoy de plena actualidad, además de constatar la indiferencia religiosa de muchos bautizados y el progresivo avance de la increencia, reconoce que «la nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará»¹⁵.

Con la mirada puesta en la misión evangelizadora de todos los bautizados, el documento proponía como prioridades de la Iglesia española para los próximos años la formación de los cristianos laicos y el impulso del asociacionismo laical para promover así la corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios y favorecer la presencia evangelizadora de los laicos en la vida pública.

Los Obispos reconocen que esta formación es necesaria y urgente para vivir la misión evangelizadora con convicción y confianza en la acción del Espíritu Santo, pues «la formación de los laicos es una prioridad de máxima urgencia para toda la Iglesia. Y no sólo un interés único de ellos solos»¹⁶.

1.7. Situación actual de la formación

En España, aunque sea con cierta lentitud, vamos asumiendo que no tiene sentido hablar de la misión de la Iglesia y de la «hora del laicado» sin proponer a todos los bautizados una honda espiritualidad y una intensa acción educativa. En una cultura como la nuestra, en la que se fomentan y proponen frecuentemente modelos de vida al margen de Dios, es muy urgente ofrecer una buena propuesta formativa, pues la fe de muchos hermanos es puesta a prueba y, en algunos casos, olvidada.

Con la finalidad de orientar la pastoral diocesana y parroquial hacia unos objetivos comunes, durante los años posteriores al Concilio Vaticano II, en muchas diócesis se publicaron magníficos planes pastorales. En estos planes, como puede constatarse en los que se publicaron

15 CLIM 148.

16 Ib. 70.

en nuestra querida diócesis, se proponen objetivos y acciones concretas para impulsar la formación cristiana de todos los bautizados.

Estos procesos formativos, en general, han dado magníficos frutos. Si nos fijamos en nuestra diócesis, tenemos que dar incesantes gracias a Dios porque muchos bautizados se saben miembros vivos de la Iglesia, han descubierto su vocación y viven con gozo su misión evangelizadora en la Iglesia y en el mundo. Esta experiencia vital les estimula a crecer en la conversión para mostrar su fe a los hermanos en todas las circunstancias de la vida.

No obstante, a pesar de estos frutos tan positivos, hemos de ser conscientes de las grandes lagunas y carencias formativas de un importante número de bautizados. Con dolor, reconocemos la indiferencia religiosa y el alejamiento de la Iglesia de muchos hermanos que entraron a formar parte de la familia de los hijos de Dios por el bautismo y que, en la actualidad, viven como si Dios no existiese. Este es el gran reto que hemos de afrontar en la acción evangelizadora en el momento presente.

Los participantes en el Congreso Nacional de Laicos «*Pueblo de Dios en salida*», celebrado en Madrid en febrero de 2020, además de reflexionar sobre la participación de los laicos en el primer anuncio, pusieron también su mirada en la necesidad de la formación, como lo refleja el documento de trabajo preparatorio del Congreso, donde los mismos laicos manifestaban esta necesidad: «Por último, pero no por ello menos importante, descubrimos debilidad en lo que hace referencia a la formación. Experimentamos en este contexto la necesidad de una formación más plena, auténtica y propia de la vocación laical, en la que la Doctrina Social de la Iglesia ocupe un lugar central junto con la profundización en la Palabra de Dios»¹⁷.

¹⁷ Instrumento de trabajo para la preparación del Congreso Nacional de Laicos “Un laicado en acción. Vivir el sueño misionero de llegar a todas las personas”, n. 27.

2

La formación cristiana y sus exigencias

En este breve recorrido por la Sagrada Escritura, por las enseñanzas de los Papas y de los Obispos españoles, hemos podido constatar la preocupación por la formación cristiana de todos los bautizados. En el trasfondo de esta inquietud eclesial, está siempre la necesidad de impulsar la evangelización, para convocar a los indiferentes, a los alejados de la Iglesia y a quienes no han tenido la dicha de conocer a Jesucristo.

En estos «*tiempos recios*», como decía Santa Teresa de Jesús al referirse a los suyos, es muy difícil descubrir la vocación cristiana, asumir la misión confiada por el Señor y crecer en la fe recibida por pura gracia de Dios, si cada bautizado no dedica espacios de su vida a la formación.

En ocasiones, pienso que toda la actividad pastoral de la Iglesia y, por tanto, la formación cristiana, debería estar orientada al descubrimiento de la vocación y misión de los bautizados. De esta forma, estaríamos poniendo las bases para que cada cristiano descubra quién es, qué quiere el Señor de él y qué actividad apostólica está llamado a realizar, uniendo sus esfuerzos personales a la misión evangelizadora de la Iglesia.

Por eso, antes de reflexionar sobre la vocación misionera de todos los cristianos, deberíamos pararnos un instante a descubrir en qué consiste la formación cristiana. Si no lo hacemos, cada uno puede tener sus criterios sobre el significado y el sentido de la formación, pero tal vez no haya descubierto su importancia para crecer como persona,

para responder a las constantes llamadas de Dios y para asumir con gozo la propia responsabilidad en la evangelización.

2.1. Definición de la formación cristiana

A lo largo de los siglos han sido muchas y variadas las reflexiones sobre la formación cristiana. Para no detenerme ahora en disquisiciones históricas, os ofrezco la lúcida y sintética definición que nos propone san Juan Pablo II, cuando afirma que la formación es «un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo»¹⁸.

En esta definición, el Santo Padre dejaba claro que la formación cristiana no se consigue de la noche a la mañana, sino que es un proceso mediante el cual la persona va madurando progresivamente en la fe, en el conocimiento de Cristo y en la identificación con Él. El encuentro con Jesucristo ha de estar, por lo tanto, en el centro de la formación, pues cuando el Señor entra en la vida de una persona la transforma radicalmente.

Pero, la raíz y el fundamento de la formación cristiana está en Dios, el Padre que ama, cuida y educa constantemente a sus hijos. Dios fue, es y será siempre el primer educador de su Pueblo. Esta acción educadora de Dios, que aparece con mucha claridad en el Antiguo Testamento, llega a su cumplimiento en la persona de Jesús, el Maestro. Él toca interiormente la mente y el corazón de las personas, invitándolas a la conversión y a la vivencia del amor por medio de su predicación y del envío del Espíritu Santo.

Jesucristo, además de enseñar a las multitudes que le siguen, invita a los apóstoles y a los primeros discípulos a aprender de Él que es «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Este aprendizaje, que es para todos y que ha de prolongarse en el tiempo, exige una dedicación especial por parte de Jesús a la formación de aquellos que van a ser continuadores de su misión. En la convivencia diaria con el Maestro,

18 CHL 57.

en la contemplación de sus gestos y en la acogida cordial de sus enseñanzas, los apóstoles van creciendo en su conocimiento, progresando en el seguimiento, madurando en la adhesión a su persona y respondiendo con fidelidad a los dones del Espíritu Santo.

2.2. La formación cristiana no es un fin, sino un medio

Ciertamente, los cristianos somos constituidos hijos de Dios y miembros de la Iglesia por el sacramento del bautismo, pero el significado profundo de este misterio de amor y las exigencias de este don del Espíritu Santo, solo podemos vislumbrarlas a lo largo de nuestra existencia. Pensar, vivir y actuar como hijos de Dios no se consigue por el simple hecho de haber recibido el bautismo. Es un proceso que se prolonga a lo largo de toda la existencia y que exige interés, esfuerzo y colaboración con la gracia divina.

San Juan Pablo II señalaba en su día que la vocación cristiana solo es posible vivirla, si tomamos conciencia de la vida nueva que Dios nos regala por medio del sacramento del bautismo: «No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios»¹⁹.

La formación cristiana, por tanto, no es un fin en sí misma, sino un medio para ayudarnos a madurar en la fe recibida por pura gracia en el sacramento del bautismo y para progresar en el seguimiento de Jesucristo, imitándole en la búsqueda de la voluntad del Padre y en su cumplimiento. Los hijos de Dios, como nos recuerda el mismo Jesús, renunciando a los propios deseos e intereses, viven y actúan en todo momento de acuerdo con la voluntad del Padre.

Cuando pretendemos conseguir una formación cristiana desde nosotros mismos, contando únicamente con nuestros esfuerzos y capacidades, sin tener en cuenta las enseñanzas divinas, nos engañamos

19 Ib. 10.

a nosotros mismos, pues el esfuerzo humano sin Dios es inútil: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas» (Sal 126,1).

2.3. Formación permanente

Sin alejarnos de la definición que nos propone San Juan Pablo II sobre la formación, parece evidente que esta no puede ser algo opcional o que solo tenga lugar en algunos momentos de la vida del creyente, para abandonarla cuando no apetece o interesa, pues «la formación no es el privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos»²⁰.

Cada bautizado tiene el deber de cuidar su formación cristiana, poniendo todos los medios a su alcance para madurar en ella y para hacer fructificar los talentos recibidos de Dios por pura gracia. Esto nos recuerda que la preocupación por la formación tiene que acompañar la existencia del creyente durante su peregrinación por este mundo, aprovechando para ello todas las ofertas institucionales.

En la actualidad existen serias dificultades para que los bautizados asuman las exigencias del bautismo. En los distintos procesos de iniciación cristiana, algunos bautizados están dispuestos a pasar por un tiempo de formación para recibir los sacramentos, pero, una vez que los reciben, abandonan el proceso, dejan de participar en las celebraciones litúrgicas y olvidan sus responsabilidades en la Iglesia y en el mundo.

Los sacerdotes, religiosos, catequistas y muchos padres de familia no acabamos de entender estos comportamientos ni sabemos muy bien el camino a seguir para solucionar este grave problema pastoral. Ciertamente, hemos de dar pasos hacia una mayor implicación de los padres en la formación cristiana de sus hijos y hemos de ofrecer una formación más vivencial para hacer auténticos cristianos y no sólo para preparar a la recepción de los sacramentos, pero mientras no provoquemos el encuentro personal con Jesucristo durante el proce-

20 Ib. 63.

so de formación será muy difícil avanzar en la conversión, en el seguimiento y en la misión.

Iluminados por la Palabra de Dios, por las enseñanzas de la Iglesia y por las experiencias de otras diócesis, hemos de seguir reflexionando y revisando constantemente los procesos formativos que estamos aplicando en la propia formación y en la de los hermanos. No será posible que los jóvenes y los adultos bautizados puedan dar razón de su fe, mantener viva la esperanza y colaborar en la construcción del Reino, si no se les propone una sólida formación, teniendo en cuenta sus posibilidades.

2.4. Formación integral

La formación cristiana no sólo es necesaria para conocer las verdades de la fe y para descubrir nuestra condición de hijos de Dios, sino para vivir con gozo la misión que el Señor nos confía en el bautismo. En este sacramento, todos hemos recibido de Jesús el encargo de mostrar al mundo que la fe cristiana es la respuesta plenamente válida para afrontar los problemas que la vida plantea a cada persona y a la sociedad en general.

En estos momentos, el mayor problema para vivir la vocación cristiana y para hacer creíble el compromiso misionero en la vida pública tal vez esté en la separación entre la fe y la vida de muchos bautizados. Esto nos permite descubrir que uno de los principales objetivos de la formación cristiana debería ser la superación de esta disociación, ayudando a descubrir a quienes participan en ella que un creyente no puede separar su pertenencia a la Iglesia de su pertenencia a la sociedad civil.

En la vivencia de la fe no pueden coexistir dos vidas paralelas, es decir, no puede ir por un lado la denominada «*vida espiritual*» con sus valores y exigencias y, por otro, la llamada «*vida secular*»: la vida familiar, el trabajo, las relaciones sociales, el compromiso político y cultu-

ral. Entre ambas «vidas» ha de existir una íntima conexión²¹.

Con la finalidad de facilitar esta unión entre la fe y la vida, así como la conexión entre las convicciones religiosas y los compromisos sociales, es absolutamente necesario que la formación no se centre en un único aspecto, sino que abarque los aspectos bíblicos, doctrinales, espirituales, humanos, pastorales y sociales, articulados transversalmente por la formación litúrgica y por la Doctrina Social de la Iglesia.

Pero, además de abarcar los contenidos anteriormente indicados, la formación cristiana, para que sea integral, ha de ser considerada como un proceso que garantice el desarrollo pleno del ser humano, de sus capacidades, dones y cualidades. Esto quiere decir que la formación tiene que tocar al mismo tiempo el entendimiento, la voluntad y la acción. Sólo así será posible unificar en el creyente la fe y la vida, las convicciones religiosas y los comportamientos en la familia, en el trabajo y en el tiempo libre.

La concepción de la formación en los movimientos de Acción Católica puede ayudarnos a entender el verdadero sentido y alcance de la formación integral. Los miembros de estos movimientos, además de ofrecer un conjunto de saberes doctrinales a sus militantes, conciben la formación como «el logro progresivo de un modo de ser, de pensar, de actuar y de vivir –personal y comunitario– profundamente cristiano»²².

Si nos fijamos, en esta definición es fácil descubrir que la formación cristiana no puede estar orientada solamente a la mente, sino a la totalidad de la persona para que, además de descubrir los contenidos fundamentales de la fe, pueda celebrarla y vivirla con los restantes miembros de la comunidad en los distintos momentos de la existencia.

Esto nos permite asumir que el ser humano no es de una vez para siempre, sino que se va haciendo a lo largo de la vida en la relación con

21 Cf. Ib. 59.

22 FEDERACIÓN DE MOVIMIENTOS DE ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA, *La formación en la Acción Católica*, pág. 16.

Dios, con los hermanos y con el mundo. Por eso, las propuestas formativas no pueden ser para un individuo aislado y, menos aún para un cristiano que actúa al margen de la comunidad eclesial. La formación es siempre una invitación a valorar, conocer y actuar en la realidad, implicándose con los hermanos en su transformación de acuerdo con los contenidos evangélicos.

Todos los bautizados, como consecuencia de nuestra unión a Jesucristo, la vida verdadera, por el sacramento del bautismo, somos enviados al mundo para dar testimonio del Evangelio en todos los ámbitos y circunstancias de la existencia. Por eso, las distintas actividades programadas para fomentar la solidaridad en el trabajo y para hacer posible la vivencia del amor en la vida familiar, social y política, son ocasiones providenciales para mostrar la fuerza del Evangelio en todos los ámbitos de la existencia.

2.5. Ámbitos de la formación cristiana integral

Muchas personas identifican la formación cristiana con la acumulación de un conjunto de saberes o con la adquisición de un conjunto de contenidos doctrinales sobre las verdades fundamentales de la fe. Aunque estos conocimientos son muy necesarios y convenientes, sin embargo, hemos de reconocer que puede haber personas que conozcan bien los contenidos de la fe católica y que, sin embargo, no sean creyentes.

La síntesis entre la fe y la vida en la persona creyente no se consigue únicamente por la adquisición de contenidos doctrinales, sino que exige cuidar los distintos aspectos de la formación cristiana integral. Por eso, en este apartado, me limito a comentar brevemente estos aspectos de la formación cristiana integral que San Juan Pablo II desarrolla con más amplitud y acierto en su exhortación apostólica *Christifideles laici*²³. Considero que con estas sencillas reflexiones será más fácil entender la conexión entre los distintos aspectos de la formación cristiana integral.

23 Cf. CHL 60.

a) Formación espiritual: Un puesto relevante en la formación cristiana ha de ocuparlo la formación espiritual, pues todos los cristianos, injertados en la comunión Trinitaria por medio del bautismo, estamos llamados a crecer en la intimidad con Él a lo largo de la vida, para descubrir la voluntad del Padre y para entregarnos a los hermanos en la vivencia de la caridad, en el servicio humilde a los necesitados y en la preocupación por la búsqueda de la justicia.

b) Formación doctrinal: Esta formación es absolutamente necesaria en nuestros días. Hoy, además de profundizar en los contenidos de la fe para celebrarla y vivirla, todos debemos dar razón de ella a nuestros hermanos. Una buena formación doctrinal, que incluye el conocimiento de los documentos de la Iglesia y del *Catecismo de la Iglesia Católica*, es imprescindible para madurar en la fe, ser testigos de esperanza y dar respuesta convincente a los profundos interrogantes que afectan al hombre actual.

c) Formación humana: En el contexto de la formación integral y unitaria, para impulsar la acción misionera y apostólica de la Iglesia, es necesario un crecimiento personal de todos sus miembros en los valores humanos. San Juan Pablo II, recogiendo las enseñanzas conciliares, señala que los laicos «han de tener en cuenta la competencia profesional, el sentido de la familia y el sentido cívico, y aquellas virtudes relativas a las relaciones sociales, es decir, la probidad, el espíritu de justicia, la sinceridad, la cortesía, la fortaleza de ánimo, sin las cuales ni siquiera puede haber verdadera vida cristiana»²⁴.

Cuando un cristiano no se preocupa por mostrar en su vida diaria los valores humanos, no podrá fundamentar una verdadera espiritualidad ni vivir la fraternidad con los restantes miembros de la sociedad. Así mismo, tampoco estará capacitado para impulsar la comunión eclesial ni para desarrollar el necesario dinamismo misionero y apostólico.

d) Formación en el campo social y político: Ante las dificultades para la evangelización, muchos creyentes corren el riesgo de replegarse

24 AA 4.

sobre sí mismos y de practicar una espiritualidad al margen de la realidad y sin incidencia en la vida pública. Para evitar esto, la formación ha de orientarse siempre al compromiso apostólico, puesto que es la raíz de la actividad misionera. Por eso, además de la temática espiritual y teológica, la formación debe abarcar también la Doctrina Social de la Iglesia y todo aquello que sea preciso tener en cuenta para iluminar con la luz del Evangelio la recta ordenación de las realidades temporales.

La aceptación del primer anuncio, que nos invita a dejarnos amar por Dios y a amarlo con el mismo amor que Él nos comunica mediante la acción constante del Espíritu Santo, debe impulsarnos a buscar y cuidar el bien de los demás, pues la Iglesia, al mismo tiempo que vive la misión, debe vivir también la compasión que comprende, asiste y promueve²⁵.

Para iluminar el compromiso de los cristianos con los marginados y para orientar su acción en los distintos ámbitos de la vida pública, la Iglesia nos ofrece el *Compendio de la Doctrina Social*. En él podemos encontrar «los principios de reflexión, los criterios de juicio y las directrices de acción como base para promover un humanismo integral y solidario»²⁶.

El conocimiento de la Doctrina Social pone las bases para una convivencia en la justicia, en la verdad, en la libertad y en la solidaridad, partiendo del respeto a la dignidad de la persona y a sus derechos inalienables. La formación de todos los bautizados en sus enseñanzas constituye «una verdadera prioridad pastoral, para que las personas, iluminadas por ella, sean capaces de interpretar la realidad de hoy y de buscar caminos apropiados para la acción»²⁷.

En el documento *El don de la vocación presbiteral* se nos dice a los sacerdotes que, para el anuncio del Evangelio, es necesaria una mayor conciencia de la realidad y una lectura evangélica de las relaciones

25 Cf. EG 176-179.

26 CDSI 7.

27 Ib. 7.

humanas, sociales y políticas que determinan la existencia de los individuos y de los pueblos²⁸. Un desconocimiento de la Doctrina Social impide, con frecuencia, el compromiso concreto de los cristianos en la vida pública.

Ahora bien, la formación en esta Doctrina no puede equipararse a cualquier otro tipo de disciplina social o política, pues Juan Pablo II ya nos decía que la Doctrina Social es «la aplicación de la Palabra de Dios a la vida de los hombres y de la sociedad»²⁹. Sus enseñanzas, por tanto, han de escucharse personal y comunitariamente por todos los miembros del pueblo de Dios, como escuchamos, contemplamos y vivimos la Palabra de Dios.

e) Formación litúrgica: La formación y la celebración litúrgica han de estar muy presentes en el proceso formativo de los bautizados. Un cristiano no puede conformarse con conocer las verdades fundamentales de la fe, sino que ha de celebrarla constantemente para expresar la adoración, la alabanza y la acción de gracias a Dios, presentándole confiadamente la súplica por los problemas del mundo y por quienes tienen responsabilidad en su solución.

En la celebración de los sacramentos y en la oración litúrgica, el bautizado encuentra siempre la presencia vivificante del Señor. Por eso, además de cuidar con esmero las celebraciones litúrgicas, para que sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, es preciso ofrecer nuevos espacios para la oración, la contemplación y el silencio, animando a todos los cristianos a volver a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía y a la Penitencia, como fuente de libertad y de esperanza nueva.

Las celebraciones litúrgicas, anuncio y anticipación de la gloria futura, proclaman que la esperanza nos viene de Dios por medio de Jesucristo. La comprensión del verdadero sentido de las celebraciones, el conocimiento de los ritos sagrados y la vivencia de una auténtica espiritualidad exigen el interés de todos los bautizados por la formación

28 DVP 172.

29 SRS 8.

litúrgica, para que ésta sea siempre un momento de comunión con el misterio grande y santo de la Trinidad.

Además, la formación litúrgica es imprescindible para impulsar la nueva evangelización, pues no será posible anunciar y dar testimonio de la presencia del Resucitado en medio de su Iglesia sin una participación activa, consciente y fructuosa en las celebraciones litúrgicas. De la participación gozosa en la liturgia, dando culto en «espíritu y verdad» (cf. Jn 4,23) al Padre celestial, fluirá la misión, la comunión fraterna y el compromiso social.

La presencia de Cristo resucitado en la celebración litúrgica es la razón de ser de su valor salvífico y de la fuerza de su actividad evangelizadora y misionera. El misterio pascual, celebrado y actualizado en la liturgia, ha de ser contemplado como el centro de la pastoral, donde esta recobra todo su sentido. Por eso, hemos de asumir que la liturgia, al invitarnos a la conversión personal y pastoral, es «fuente y culmen» de la evangelización y de la misión.

Tanto la conversión personal como la alegría para el anuncio del Evangelio brotan del encuentro renovado con Jesucristo. A partir de este encuentro, el ser humano vive liberado «del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento»³⁰. Solo desde la vivencia auténtica de la liturgia, las celebraciones serán evangelizadoras y nosotros seremos verdaderos misioneros.

2.6. Responsables de la formación

La Iglesia, Madre y Maestra, recibe el encargo de Jesús de colaborar activamente en la acción educadora de Dios. Cada bautizado, ungido por el Espíritu Santo en el bautismo y en la confirmación, además de asumir responsablemente la necesidad de la propia formación, debería colaborar activamente con los restantes miembros de la Iglesia en la formación y educación cristiana de sus semejantes.

30 EG 1.

El Papa, en la Iglesia universal, y los Obispos, en sus Iglesias particulares, tienen una especial responsabilidad en el impulso de la formación cristiana de todo el Pueblo de Dios y en la invitación a la fe de quienes no pertenecen a él. Esta formación debe abarcar la celebración de los sacramentos, el anuncio de la Palabra y la animación de la vida cristiana de la comunidad.

En comunión con el Obispo, los sacerdotes y consagrados en cada comunidad parroquial deben desempeñar una actividad más personal e inmediata en la formación de los cristianos laicos para ayudarles a descubrir el sentido de la fe, las exigencias de la comunión eclesial y el ejercicio de la responsabilidad misionera. La parroquia ha de formar a sus miembros en la acogida y meditación de la Palabra de Dios, en el diálogo personal y comunitario con el Señor y en el ejercicio de la caridad fraterna.

En este sentido es de vital importancia el ministerio del catequista, quien, como ha puesto de relieve recientemente el papa Francisco, «está llamado en primer lugar a manifestar su competencia en el servicio pastoral de la transmisión de la fe, que se desarrolla en sus diversas etapas: desde el primer anuncio que introduce al *kerygma*, pasando por la enseñanza que hace tomar conciencia de la nueva vida en Cristo y prepara en particular a los sacramentos de la iniciación cristiana, hasta la formación permanente que permite a cada bautizado estar siempre dispuesto a «dar respuesta a todo el que les pida dar razón de su esperanza» (1 Pe 3,15). El Catequista es al mismo tiempo testigo de la fe, maestro y mistagogo, acompañante y pedagogo que enseña en nombre de la Iglesia»³¹.

También en el seno de la parroquia, las pequeñas comunidades eclesiales y los movimientos apostólicos han de poner los medios adecuados para impulsar y estimular la misión espiritual y pastoral de los fieles laicos, completando la formación que reciben en otros lugares o de otras personas.

31 FRANCISCO, *Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» Antiquum Ministerium, con la que se instituye el ministerio de catequista*, 10 de mayo de 2021.

A pesar de la secularización de la sociedad, no podemos dejar de valorar el importante papel de las familias cristianas en la formación de los esposos y de sus hijos. En cuanto Iglesia doméstica, la familia ha de ser la escuela fundamental para la formación en la fe de los esposos y de sus restantes miembros. De hecho, los padres cristianos reciben en el sacramento del matrimonio y en el bautismo de sus hijos el encargo de la Iglesia de ayudarles a crecer en la fe y en el seguimiento de Jesucristo. En estos últimos años, tenemos que dar gracias a Dios por la extraordinaria labor de los abuelos.

Ahora bien, para que los padres asuman la responsabilidad de ser los principales educadores de sus hijos en todos los ámbitos de la vida, también en la transmisión de la fe, es preciso que experimenten la acogida fraterna de la comunidad parroquial y que se sientan acompañados humana y espiritualmente por sus miembros.

Finalmente, quiero destacar y agradecer el testimonio creyente y la competencia profesional de los profesores de religión y de los educadores cristianos en la formación integral de niños y jóvenes en los centros educativos. Es preciso que experimenten nuestro afecto sincero y nuestra oración pues, en ocasiones, su dedicación y entrega generosa no producen los frutos deseados debido a la falta de interés de los alumnos o a la actitud displicente de algunos compañeros de colegio.

2.7. Etapas del proceso de formación

Ya en 2003, san Juan Pablo II denunció la indiferencia religiosa y el desconocimiento de las verdades de la fe de muchos católicos europeos, llegando a afirmar que la Iglesia en Europa, además de bautizar a quienes se convierten a la fe, tendría que guiar también a los bautizados a convertirse a Cristo, ofreciéndoles a todos el Evangelio de la esperanza.

En nuestros días –decía el Papa– muchos *«creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos*

bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe»³².

Si contemplamos la realidad de nuestra diócesis, podemos afirmar que son muchos los cristianos que tienen una buena formación cristiana y que se esfuerzan cada día por alimentarla y acrecentarla. Hemos de dar gracias a Dios por la fe madura y por el testimonio creyente de estos bautizados; pero, no debemos engañarnos, pues bastantes bautizados no tienen fe o tienen una visión parcial de sus contenidos. Viven como si Dios no existiese o no han oído hablar de Él ni en la familia, ni en la parroquia ni en el colegio.

La dolorosa constatación de esta ignorancia religiosa por parte de muchos bautizados y la falta de conexión entre las principales verdades de la fe obligan a establecer distintas etapas en los procesos de formación cristiana. Teniendo en cuenta la experiencia creyente de cada persona o su alejamiento de la fe, hemos de cuidar su formación cristiana, pues sin ella será imposible el surgimiento de discípulos misioneros.

En cada una de estas etapas, no debemos perder de vista que el grado de descubrimiento y desarrollo de la identidad cristiana es simultáneamente fruto de la acción de Dios y de la respuesta personal del creyente. Por eso, a lo largo del proceso formativo, además de ofrecer contenidos doctrinales, será preciso cuidar también la oración, la participación en la liturgia y la apertura a la acción del Espíritu Santo.

a) Etapa de convocatoria: En otros momentos de la historia de la Iglesia no resultaba difícil encontrar personas inquietas por su formación cristiana y preocupadas por la formación de los demás. Las convocatorias parroquiales siempre encontraban eco en los bautizados. En la actualidad, esto resulta mucho más difícil. Por eso, para poder ofre-

32 EE 47.

cer esta formación cristiana a creyentes y no creyentes, será preciso dedicar tiempo a la etapa de propuesta o de convocatoria mediante el encuentro personal. Solo así será posible ayudarles a dar el paso de la indiferencia y superficialidad en que viven a la preocupación e inquietud por su formación cristiana.

b) Etapa de iniciación a la identidad cristiana o etapa misionera: Entre las personas que acuden a la parroquia para solicitar los sacramentos, hoy podemos encontrarnos con no bautizados o con bautizados con una fe muy débil. En otros casos, descubrimos que bastantes niños, jóvenes y adultos ya no experimentan la necesidad de Dios. Arrastrados por la secularización, estos hermanos, aunque necesitan de Él para descubrir el verdadero sentido de su existencia y para participar de su salvación, han dejado de vivir y celebrar la fe en Jesucristo con los restantes miembros de la comunidad.

Puesto que todos los miembros de la Iglesia somos responsables de la formación de nuestros hermanos, para responder a esta urgencia pastoral tendríamos que vivir con gozo nuestra fe en Jesucristo y despertar nuestra conciencia misionera. Sin dar el paso de una fe sustentada en las costumbres sociales a una fe «*más personal y madura, iluminada y convencida*»³³, las comunidades cristianas no podrán ofrecer el testimonio del amor de Dios a quienes se han alejado de la Iglesia o no conocen a Jesucristo.

El papa Francisco, al pensar en la formación cristiana de todos los bautizados y, especialmente, en la formación de no bautizados o de aquellos que no han concluido la iniciación cristiana, señala que el *kerygma* ha de estar en el centro de la misión evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. En la boca del catequista debe resonar siempre el primer anuncio: «*Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte y ahora está vivo a tu lado cada día para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte*»³⁴.

Además, no deberíamos olvidar nunca que el objetivo de esta etapa

33 Ib. 50.

34 Ib. 164.

debe consistir en poner a la persona no solo en contacto con Jesucristo, sino en comunión con Él para que pueda descubrir su identidad como hijo del Padre, habitado por el Espíritu Santo, hermano de todos los hombres y miembro vivo del santo Pueblo de Dios.

c) Etapa de consolidación de la identidad cristiana o de la acción catequética: Aquellos bautizados que ya han dado el paso de la conversión necesitan conocer mejor las verdades de la fe, iniciarse en la oración y aprender a vivir cristianamente. La responsabilidad primera de esta formación recae en la parroquia, en los sacerdotes y en los catequistas.

A estos hermanos habría que ofrecerles la iniciación cristiana de adultos o la iniciación cristiana de niños bautizados sin la adecuada formación por parte de sus padres y padrinos. La experiencia nos dice que quienes se han iniciado en la fe de niños necesitan reiniciarse nuevamente en ella al llegar a la edad adulta para responder a los nuevos retos y desafíos que les plantea la vida.

La Conferencia Episcopal Española en el *Itinerario de formación cristiana de adultos*³⁵ propone para esta etapa formativa una catequesis de adultos de inspiración catecumenal. El catequista o responsable del acompañamiento del grupo debería ofrecer una formación cristiana integral y básica para ahondar en el encuentro con Jesucristo, centro del cristianismo.

En esta etapa, como en la etapa posterior, deben estar presentes los presupuestos para la transmisión del Evangelio en todo proceso de formación cristiana, como pueden ser: conocimiento profundo de los contenidos de la fe de la Iglesia; cuidada educación de la vida litúrgica y práctica asidua de la misma; formación moral, personal y social; aprendizaje y práctica asidua de la oración; educación para la vida comunitaria, especialmente parroquial; y cultivo del dinamismo misionero y de la actividad evangelizadora³⁶.

35 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Itinerario de formación cristiana de adultos* «Ser cristiano en el corazón del mundo», Madrid, 2008.

36 Ib. Cuaderno 0, pág. 15.

d) Etapa de maduración permanente de la identidad cristiana o de la pastoral educativa: Como la formación cristiana es un proceso que debería durar tanto como dure la persona, después de la formación básica en la que se proponen los fundamentos de la fe y de la vida cristiana, el bautizado tiene que seguir madurando en su fe, en la adhesión a Jesucristo y en el anuncio gozoso del Evangelio en la Iglesia y en el mundo.

El *Itinerario* de la Conferencia Episcopal llama a esta etapa, «*etapa militante*». En ella, el cristiano debe desarrollar y profundizar la vida espiritual y el compromiso cristiano que todo laico ha de vivir en los distintos momentos de la existencia. Aunque estas dimensiones ya han sido presentadas en la etapa anterior, ahora es necesario ahondar en ellas con la finalidad de formar cristianos que vivan su compromiso creyente con una fe madura.

Estos laicos deberán experimentar la paternidad de Dios, avanzar en la conversión personal y colaborar en la edificación de la Iglesia, ofreciendo un testimonio convincente de Jesucristo como único Salvador y liberador del hombre. Con estos fundamentos, el cristiano podrá vivir y actuar dando testimonio de la esperanza en la llegada de unos cielos nuevos y de una tierra nueva, empeñándose en la transformación de las realidades temporales de acuerdo con las enseñanzas evangélicas.

En cada una de las etapas formativas será preciso el acompañamiento personalizado de sacerdotes, consagrados y cristianos laicos pues, con frecuencia, surgirán dudas y dificultades que, si no se resuelven bien, serán un serio impedimento para avanzar en la comunión eclesial, en el seguimiento de Jesucristo y en el anuncio del Evangelio.

3

Objetivos de la formación cristiana

La reflexión sobre la identidad de la formación y la urgencia de una formación integral y permanente de todos los bautizados nos muestra el camino a seguir para que cada creyente pueda descubrir su vocación y asumir con alegría la misión evangelizadora de la Iglesia. Para ello, la formación no solo ha de estar orientada a toda la persona, sino que ha de permitir el conocimiento del campo de misión, es decir, la realidad concreta a la que somos enviados para anunciar y dar testimonio de la fe.

En los distintos ámbitos laborales, familiares, sociales y políticos, a los que el Señor nos envía para ser testigos de la Buena Noticia, hemos de proponernos el logro de unos objetivos que nos ayuden a crecer en el amor a Jesucristo, en la pertenencia a la Iglesia y en la vivencia consciente de la fe, la esperanza y caridad.

Todos los cristianos por la acción del Espíritu Santo recibimos unos dones, unas gracias, para el enriquecimiento de toda la Iglesia y, por tanto, para poder aportar nuestro granito de arena a la realización de su misión. Esto quiere decir que hemos de descubrir esos dones para vivir como Iglesia en salida a las periferias existenciales. En la catequesis, en la familia y en la actividad profesional, todos necesitamos descubrir la misión confiada por el Señor y esto exige escucha, discernimiento y formación.

3.1. Favorecer el encuentro con Cristo

El objetivo fundamental de la formación cristiana, que sustenta los restantes objetivos, consiste en ayudar a la persona a entrar en relación con Jesucristo para que, guiada en todo momento por la acción del Espíritu Santo y fortalecida por sus dones, pueda permanecer en comunión con Él a lo largo de su existencia. Cuando Jesucristo entra en la vida de una persona la transforma radicalmente.

El encuentro personal con Jesucristo en la oración y en la formación será una gran ayuda para descubrir nuestra identidad de hijos de Dios, para acoger su llamada a la conversión, para ahondar en la comunión de vida y amor con las personas divinas, y para concretar en cada instante de la existencia la verdadera fraternidad con nuestros semejantes³⁷.

La formación cristiana y el conocimiento de los contenidos doctrinales pueden ayudarnos a crecer en la fe, si están guiados y acompañados por el amor. Pero, si falta el amor, los contenidos doctrinales no garantizan el crecimiento de la fe, pues, como enseña San Pablo, esta «actúa por la caridad» (Ga 5,5). El amor, que brota de la fe, impulsa al creyente a la práctica del bien y a dar fruto de buenas obras, multiplicando así la presencia del amor de Cristo en el mundo: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por vosotros» (Ef 5, 1-2).

Esto nos permite comprender que el proceso de formación cristiana no termina nunca, pues el desarrollo de la identidad cristiana y el conocimiento del amor de Dios son siempre procesos inacabados. Por eso, en los distintos momentos de la vida, todos los cristianos tendremos necesidad de crecer en el conocimiento interno de Jesucristo para seguirle, permanecer en su amor y actuar como verdaderos discípulos suyos.

37 Así lo expresaba ya el Concilio Vaticano II: «Ante todo, el seglar ha de aprender a cumplir la misión de Cristo y de la Iglesia, viviendo de la fe en el misterio divino de la creación y de la redención, movido por el Espíritu Santo, que vivifica al Pueblo de Dios, que impulsa a todos los hombres a amar a Dios Padre, al mundo y a los hombres por medio de Él. Esta formación debe considerarse como fundamento y condición de todo apostolado fructuoso» (AA 29).

Esta visión de la formación cristiana nos recuerda que ha de estar siempre unida a la oración y acompañada por el discernimiento sobre la acción pastoral, pues se trata de llegar hasta la plenitud de la vida en Cristo en cada instante de la existencia. En todo momento, será preciso cuidar especialmente los tiempos de silencio interior y exterior, pues la unidad de los distintos aspectos del crecimiento espiritual de la persona proviene de la experiencia del amor de Jesucristo y de la comunión con las personas de la Trinidad.

3.2. Descubrir y cumplir la voluntad de Dios

La contemplación del rostro de Cristo y la meditación de sus enseñanzas nos permiten poner las bases para que la fe presida, oriente y unifique los comportamientos en la vida familiar, en la convivencia social, en la actividad laboral, en el compromiso sociopolítico y en las actividades eclesiales. Se trata de lograr que todas las actuaciones de la persona sean verdaderamente evangélicas y evangelizadoras.

Dios, que ha pensado en nosotros desde toda la eternidad, nos llama por nuestro nombre, como el Buen Pastor llama a sus ovejas, para que formemos parte de su rebaño; pero, el plan de Dios sobre cada persona no se revela de una vez para siempre, sino que es gradual. Su voluntad se va manifestando a cada bautizado a lo largo de su peregrinación por este mundo.

Para descubrir el querer de Dios en cada instante de la existencia, entre otras cosas, es preciso escuchar su Palabra, abrir la mente a las enseñanzas de la Iglesia, practicar la oración filial, acoger los talentos recibidos y descubrir los signos de los tiempos en cada una de las situaciones culturales e históricas, en la que nos toca vivir.

Pero, no basta descubrir lo que Dios quiere de nosotros, sino que es necesario practicarlo. Así se lo pedía la Santísima Virgen a los sirvientes en las bodas de Caná, antes de la conversión del agua en vino: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2,5). Para actuar según la voluntad del Señor, es preciso «*ser 'capaz' y 'hacerse cada día más capaz'*», contando siempre con la gracia de Dios y con la libre colaboración de

cada uno³⁸.

El cumplimiento de la voluntad de Dios y la vivencia de la vocación cristiana son impensables sin la formación que nos ayude a unir la fe y la vida, y que nos impulse a mostrar nuestra condición de miembros de la Iglesia y ciudadanos del mundo: «La separación entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerada como uno de los más graves errores de nuestra época»³⁹. «Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida»⁴⁰.

Esta formación cristiana, además de ayudarnos a profundizar en el conocimiento de Jesucristo y en los contenidos básicos de la fe cristiana, ha de impulsarnos a dar testimonio del amor de Dios y a crecer en la espiritualidad de comunión, colaborando así con todos los bautizados en la acción misionera de la Iglesia y analizando los acontecimientos de la vida «con la mente de Cristo» (1 Cor 2,16).

3.3. Crecer en la conciencia de pertenencia y en el amor a la Iglesia

Los pecados de los cristianos, la indiferencia religiosa y las informaciones sesgadas sobre la Iglesia han llevado a un desconocimiento de su verdadera identidad, favoreciendo la desafección hacia ella y llegando a identificarla con cualquier otra organización civil. Esta forma de pensar repercute en las manifestaciones y comportamientos de algunos bautizados que, incomprensiblemente, dicen creer en Jesucristo, pero no en la Iglesia, de la que han sido constituidos miembros vivos por el sacramento del bautismo.

La formación cristiana, por tanto, debería suscitar en todos los bautizados un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia universal y a la diócesis que ha de expresarse en la corresponsabilidad y en la vivencia

38 Cf. CHL 58.

39 GS 43.

40 JUAN PABLO II, *Discurso a los miembros del movimiento Acción Cultural*, n. 2, Roma, 16 de enero de 1982.

de la sinodalidad. En la Iglesia hemos nacido a la fe y, en ella, vamos creciendo como hijos de Dios por la escucha de la Palabra y la participación en los sacramentos. Gracias a la acción del Espíritu Santo en los sacramentos, podemos alimentarnos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo para no desfallecer en nuestra peregrinación por este mundo, servir a nuestros semejantes, crecer en la comunión con ellos y esperar confiadamente la vida eterna.

El cristiano no puede olvidar que la comunión con Cristo es condición esencial para dar fruto, pues «*separados de mí, no podéis hacer nada*» (Jn 15,5). Así mismo, debería tener presente que la comunión con los hermanos es necesaria para poder evangelizar: «La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión»⁴¹.

La convicción de que es el mismo y único Espíritu el que convoca y une a la Iglesia y el que la envía a dar testimonio del Evangelio hasta los confines de la tierra tendría que ayudarnos a todos los bautizados a tomar conciencia no solo de nuestra pertenencia, sino de nuestra condición de miembros vivos de la Iglesia. De este modo, estaríamos dispuestos a colaborar en todo momento a la solución de sus necesidades.

En última instancia, la formación cristiana tiene que suscitar y desarrollar el compromiso eclesial de todo cristiano, en coherencia con la fe, puesto que la Iglesia no vive para sí, sino que está al servicio del Reino de Dios. La Iglesia existe para evangelizar y esta misión es responsabilidad de todos los bautizados. Los laicos, incorporados a Cristo por el bautismo, participan de la misión de la Iglesia y son ellos mismos misioneros.

41 CHL 32.

3.4. Colaborar a la formación de comunidades cristianas creyentes

El papa san Pablo VI recordaba en sus enseñanzas al Pueblo de Dios las características que deberían adornar la vida y el quehacer de las comunidades cristianas e invitaba a su revisión. Decía él: «Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno (...) pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos»⁴².

En otros momentos de la historia –algunos somos testigos de ello– para ser cristiano era suficiente un conocimiento básico y elemental de las verdades fundamentales de la fe, pues la familia y el ambiente social estaban configurados por una cultura cristiana. En la actualidad, la realidad familiar, cultural y social, han cambiado radicalmente. En muchos casos, no sólo no ayudan a creer, sino que hacen más difícil la vivencia de la fe.

Si aceptamos que, actualmente, en algunos ambientes sociales resulta más fácil declararse agnóstico que creyente, hemos de valorar y cuidar mucho más el testimonio de fe, esperanza y caridad de los bautizados. Pero, al mismo tiempo, debemos asumir que cada día es más urgente ayudar a los bautizados a dar el paso de una fe sustentada en costumbres sociales a una fe más personal y madura. La evangelización no será posible sin «la presencia de católicos adultos en la fe y de comunidades cristianas misioneras que testimonien la caridad de Dios a todos los hombres»⁴³.

Por medio de la fe, los cristianos confesamos que el Padre nos ha regalado a su Hijo para nuestra salvación y para la salvación de todos los hombres. A partir de esta confesión de fe, crece en nosotros la certeza de que verdaderamente Dios es amor y tiene el poder de transformar nuestras dudas en la convicción de que el mundo y todo lo creado está en sus manos. A pesar de las oscuridades del camino, la fe nos impulsa a vivir con la certeza de que, al final, la victoria es de Dios.

42 EN 15.

43 EE 50.

La Iglesia debe seguir confesando que Jesús es el Señor, el único Salvador, y que en ningún otro podemos salvarnos (cf. Hch 4, 12). Cristo es la esperanza para esta vida y para el más allá de la muerte. Con Él la existencia tiene sentido, la fuerza del Reino ya está actuando en la historia, la caridad da valor perenne a los esfuerzos de la humanidad, la vida vencerá a la muerte y lo creado participará de la gloria de los hijos de Dios.

Sin la confesión de Jesucristo, como el único Señor de la historia, y sin un buen conocimiento de los contenidos de la fe que profesamos, es imposible dar testimonio de Él en el mundo. El encuentro con Jesucristo por medio de la fe no puede reducirse a un conocimiento puramente intelectual ni a la mera asimilación de unos contenidos doctrinales o de un sistema de valores, aunque esto sea muy importante⁴⁴. Lo que provoca interrogantes en todos los bautizados y lo que transforma interiormente a los alejados es la vida cristiana en Cristo y con Cristo para llegar a pensar y actuar como Él.

Esto quiere decir que los cristianos, si queremos llegar a la madurez cristiana, hemos de centrar la vida en el Padre, sustentarla en Jesucristo y cultivar la intimidad personal con Él, como lo han hecho tantos santos a lo largo de la historia de la Iglesia y como el mismo Señor nos recuerda en el Evangelio⁴⁵.

Esta comunión con Jesucristo y, por medio de Él, con el Padre y el Espíritu Santo, debe alimentar la espiritualidad cristiana de todos los bautizados, así como la dimensión social de su compromiso creyente en el mundo. En el futuro, remitiéndose siempre a la Palabra de Dios, será preciso proponer una catequesis orgánica y sistemática como instrumento esencial y primario para formar a los cristianos en una fe adulta.

44 Como nos recuerda Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.» DCE 1.

45 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan Pastoral 2002-2005, Una Iglesia esperanzada. ¡Mar adentro! (Lc 5,4)*, n. 16.

Como ya hacen muchos hermanos en la diócesis, todos deberíamos acoger con actitud de fe la exhortación conciliar a la lectura asidua del Evangelio para adquirir la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús (cf. Flp 3,8), pues «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo»⁴⁶. En la meditación de la Palabra, encontramos el alimento para llevar a cabo la misión, renovamos la esperanza y recibimos el encargo de mostrarla a los hermanos.

Además de ahondar cada día más en la meditación de la Palabra de Dios, hemos de encontrar tiempo para conocer mejor las verdades fundamentales de la fe. No será posible comunicarla y dar testimonio de ella a nuestros semejantes, si no conocemos los contenidos básicos de la fe, pues nadie puede dar a los demás lo que no conoce.

3.5. Colaborar a la formación de comunidades cristianas esperanzadas

Las dificultades para la vivencia de la fe dificultan también la vivencia de la esperanza. La contemplación de la realidad nos permite descubrir que en la sociedad existe un oscurecimiento de la esperanza debido fundamentalmente a una concepción de la persona sin referencia a Dios. El olvido de Dios y el silencio sobre su existencia, con el paso del tiempo conducen al olvido del hombre y a vivir como si Dios no existiese.

La indiferencia religiosa, unida a la pérdida de la memoria histórica, está provocando entre creyentes y no creyentes vacío interior, pérdida de sentido, tristeza ante los problemas de la vida y miedo ante el futuro. Es más, la carencia de auténticos fundamentos espirituales está provocando la defensa y reivindicación de supuestos derechos de la persona sin el necesario fundamento moral.

En medio de esta nueva realidad, el ser humano no puede vivir sin esperanza pues su vida se convertiría en insostenible. Las pequeñas esperanzas, las realidades efímeras y pasajeras, con las que los hu-

46 DV, 25.

manos pretendemos colmar nuestras esperanzas, no nos satisfacen, pues la sed de felicidad del corazón humano no puede saciarse con pequeñas esperanzas. Sólo la gran esperanza, que es Cristo, puede saciar los deseos de felicidad y de infinito que anidan en el corazón humano. «En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2, 12)»⁴⁷.

Cuando las pequeñas esperanzas se cumplen, descubrimos con dolor que no lo eran todo, pues el ser humano necesita una esperanza que vaya más allá de esta vida. Esta esperanza solo podrá encontrarla en algo infinito, algo que sea siempre más de lo que se puede alcanzar en este mundo. «Solo el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto»⁴⁸, puede ser verdadera esperanza para el ser humano. De la fe en Él, se espera la vida eterna, la vida verdadera, que es vida en plenitud. «Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces vivimos»⁴⁹.

Solo la gran esperanza de que, a pesar de todas las frustraciones, nuestra vida y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor de Dios, puede dar todavía ánimo para actuar y continuar. Ciertamente no podemos construir el Reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es el reino del hombre con los límites propios de la naturaleza humana. El Reino de Dios es un don y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la auténtica respuesta a la esperanza humana.

En virtud del encargo recibido del Señor en el bautismo, hoy son necesarios agentes de pastoral, sacerdotes, religiosos y laicos, bien preparados y debidamente cualificados para el anuncio del Evangelio de la esperanza, para dar testimonio y razón de la propia esperanza a los hermanos, para ser signo y fuente de esperanza (cf. 1 Pe 3,15).

47 SpS 27.

48 Ib. 31.

49 Ib. 27.

Esto nos exige a todos, además de acoger la esperanza como don de Dios, cultivarla en la formación y actualizarla en la oración, teniendo en cuenta los muchos dones que todos hemos recibido de Dios. Por la fuerza del Espíritu Santo, Jesucristo hoy permanece vivo en su Iglesia y, por medio de ella, continúa su obra salvadora y ofrece la única esperanza que puede dar plenitud de sentido a la persona.

3.6. Colaborar en la formación de comunidades cristianas de amor fraterno

La fe, que nos permite tomar conciencia del amor de Dios, revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. Este es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente las oscuridades del mundo y nos da la fuerza que necesitamos para vivir y actuar. Este amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica, porque hemos sido creados a imagen de Dios. «Vivir el amor y así llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitaros con esta encíclica»⁵⁰.

Todos los cristianos somos enviados al mundo para servir el amor de Dios, para ayudar a los hermanos a experimentar este amor mediante el testimonio de la caridad que tiene en sí misma una intrínseca fuerza evangelizadora. Dios nos ha amado primero. Jesús nos ha amado hasta el final y nos envía el Espíritu Santo para que suscite en nuestros corazones el amor de Dios y así podamos amar de verdad.

Al ser un don de Dios, la caridad se convierte en mandamiento para el hombre. Vivir la caridad, haciendo visible el amor de Dios que no abandona a nadie, es pues un gozoso anuncio y una oferta a los hermanos de las auténticas razones para vivir y esperar. El descubrimiento de este amor, que ha de llegar más allá de los límites de la comunidad cristiana, puede fomentar auténtica solidaridad en la vida social.

Esto nos obliga a valorar y a impulsar mucho más el voluntariado cristiano. Los voluntarios cristianos, movidos por la fe y alimentados por

50 DCE 39.

ella, deben conjugar en su vida capacidad profesional y amor auténtico, manifestando en todo momento su preferencia por quienes viven solos, están enfermos, no tienen medios materiales para poder alimentarse o sufren por cualquier otra razón.

Por eso, la formación humana, cristiana, pastoral y social, que es necesaria para todos los bautizados, es imprescindible y urgente para quienes se encargan de la organización de la actividad caritativa en la diócesis y en las parroquias. Como nos recuerda la parábola del buen samaritano, la caridad tiene que ser ante todo la respuesta a una necesidad inmediata de la persona, en una situación concreta: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen y los presos visitados.

Teniendo esto en cuenta, las organizaciones caritativas de la Iglesia, especialmente Caritas, han de poner, no sólo los medios necesarios, sino las personas que puedan prestar este tipo de atenciones a los necesitados. Pero, las personas que prestan este servicio a los que sufren «es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúen después las atenciones necesarias»⁵¹.

Quienes se preocupan de paliar los sufrimientos de los demás han de vivir con la convicción de que hoy no basta la competencia profesional, pues el ser humano necesita siempre algo más que una atención técnicamente correcta. La persona necesita humanidad, atención cordial y, sobre todo, espera descubrir el amor de Dios a través de los gestos, palabras y acciones de quienes les atienden. Los cristianos hemos de prestar una atención a los necesitados que surja del corazón. Por ello, además de la formación profesional, necesitamos una «formación del corazón», pues nadie puede dar lo que no tiene.

Esto nos exige poner los medios y programar las acciones oportunas para que los responsables de la actividad caritativa, no sólo sean com-

51 DCE 31.

petentes profesionalmente, sino también espiritualmente. En este sentido, el encuentro personal con Jesucristo será absolutamente necesario para que suscite en ellos el amor y les mueva a abrirse al otro, de tal forma que el amor al prójimo «ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Gal 5,6)»⁵².

3.7. Anunciar el Evangelio

La evangelización no consiste solo en ofrecer unos contenidos doctrinales a los demás. Ante todo, la evangelización exige hacer presente y anunciar a Jesucristo. Por medio del anuncio del Evangelio, la Iglesia muestra la presencia perenne de Jesucristo en la historia para que todos puedan encontrar el camino para salvar la vida (cf. Mt 16,25) y, de este modo, descubran un nuevo horizonte a su existencia.

Para asumir con gozo la responsabilidad evangelizadora que nace de la inserción en la vida Trinitaria por medio del sacramento del bautismo, el cristiano ha de volver una y otra vez a la fuente de donde procede todo en la vida cristiana por medio de la oración, de la formación y de la vivencia de la comunión.

Desde la celebración del Concilio Vaticano II hasta nuestros días, todos los Papas han insistido en la necesidad de impulsar una «nueva» evangelización o emprender una «nueva etapa» evangelizadora. Con estas expresiones, los últimos Pontífices nos están diciendo a todos los bautizados que no podemos permanecer en el recuerdo nostálgico del pasado ni ceder ante las dificultades del momento presente, aunque estas sean importantes.

Convencidos de la constante acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo, hemos de sembrar de nuevo la semilla evangélica en una realidad descristianizada y alejada de Dios, dejando en sus manos el fruto de lo sembrado y el tiempo de la cosecha. Puesto que el Evangelio es el mejor regalo que podemos ofrecer al hombre de hoy, hemos

52 Ib. 31.

de seguir sembrando la Palabra a tiempo y a destiempo, procurando la formación de comunidades de bautizados verdaderamente convertidos y coherentes con su fe.

Si queremos vivir la misión confiada por el Señor en la actividad pastoral, será preciso permanecer en proceso de formación durante toda la vida, adaptándola a la situación personal de cada uno. La formación cristiana, que tiene entre sus objetivos el despertar la vocación misionera y evangelizadora de todos los cristianos, es urgente para dar un nuevo impulso a la acción evangelizadora de la Iglesia.

La primera exigencia de una pastoral evangelizadora pasa por la renovación espiritual de la Iglesia y, por tanto, de cada uno de nosotros que somos sus miembros. Sin esta conversión espiritual y pastoral de pequeños grupos de bautizados, no será posible responder con la palabra y el testimonio a la llamada del Señor.

Ciertamente, es necesario renovar los métodos y las instituciones eclesiales, pero esto no es suficiente. La fuerza misionera de la Iglesia no proviene de la organización, sino de la acción del Espíritu Santo y del vigor espiritual de sus miembros. El primer medio para el anuncio del Evangelio consiste en el testimonio creyente de aquellos hermanos que viven en lo más hondo de su corazón la entrega a Dios y el servicio a los demás.

Como nos recuerda el papa Francisco, «es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie»⁵³. Pero, esta salida misionera, cada cristiano ha de hacerla desde la intimidad con Cristo y desde la contemplación de su persona como modelo de evangelizador: «los llamó para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar» (cf. Mc 3,14).

La evangelización en nuestros días, como en los primeros momentos de la Iglesia, tiene que partir de grupos de cristianos con una honda

53 EG 23.

espiritualidad y con un buen conocimiento de la realidad social a evangelizar, pues Dios también nos habla desde los acontecimientos de la existencia. Si no se conoce y vive el Evangelio que hemos de anunciar, no es posible evangelizar, pues sin misionero no es posible la misión. El verdadero misionero, que nace de la comunidad eclesial, es alguien que ha sido tocado en su vida por Jesús, pues solo el encuentro con Él hace misioneros y testigos.

Quien ha descubierto la paternidad de Dios puede anunciar a Jesucristo como Salvador de los hombres y del mundo, y vive con la esperanza de unos cielos nuevos y de una tierra nueva, anhelando su cumplimiento. Atento a su conversión permanente y a la edificación de la Iglesia, se empeña en la transformación de la sociedad según el espíritu del Evangelio, preocupado por liberar a los oprimidos.

Es más, la Iglesia para poder evangelizar en la sociedad actual necesita cristianos sólidamente formados en la fe de la Iglesia. «El anuncio del Evangelio de la esperanza comporta, por tanto, que se promueva el paso de una fe sustentada por costumbres sociales, aunque sean apreciables, a una fe más personal y madura, iluminada y convencida. Los cristianos, pues, han de tener una fe que les permita enfrentarse críticamente con la cultura actual, resistiendo a sus seducciones; incidir eficazmente en los ámbitos culturales, económicos, sociales y políticos; manifestar que la comunión entre los miembros de la Iglesia católica y con los otros cristianos es más fuerte que cualquier vinculación étnica; transmitir con alegría la fe a las nuevas generaciones; construir una cultura cristiana capaz de evangelizar la cultura más amplia en que vivimos»⁵⁴.

54 EE 50.

4

Aspectos que debemos asumir para iniciar un proceso de formación

Hasta aquí hemos visto que la formación cristiana, integral, sistemática y permanente, es absolutamente necesaria para fundamentar la fe de los bautizados, para celebrarla con los restantes miembros de la comunidad, para vivirla consecuentemente y para poder anunciarla con alegría y esperanza hasta los confines de la tierra.

Mediante la oración y la formación, los bautizados deberíamos asumir la misión de colaborar con el Señor en la construcción de su Reino en medio de las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios. Para ello, necesitamos experimentar que el Señor nos llama y nos envía a cada uno para anunciar la alegría del Evangelio en las relaciones familiares, en el trabajo profesional, en la convivencia social, en la participación política y en las variadas actividades pastorales de la parroquia y de la diócesis.

Además, hemos de tener en cuenta que, como en otros ámbitos de la existencia, la formación cristiana exige esfuerzo, sacrificio y renuncia a otros compromisos o actividades que pueden ser buenos y reclamar nuestra atención. Si estamos convencidos de la necesidad de Dios para darle una nueva orientación a la vida y para encontrar su verdadero sentido, deberíamos estar dispuestos a dejarlo todo para conocerle y seguirle más de cerca. En este apartado, os propongo algunos aspectos sobre los que deberíamos reflexionar para quitar aquellos obstáculos que puedan impedirnos progresar en nuestra formación cristiana.

4.1. La formación cristiana debe tener un lugar prioritario

Si en otro tiempo la formación cristiana tenía lugar fundamentalmente en la familia, en la actualidad la experiencia nos dice que ya no es así. Aunque hemos de valorar y cuidar con todo interés el medio familiar como responsable primero de la formación de sus miembros, sin embargo, tenemos que reconocer que en estos momentos muchas familias están incapacitadas para formar cristianos capaces de llevar el mensaje evangélico a sus semejantes.

Los criterios culturales, que cambian con tanta rapidez en nuestros días debido a las modas y a las ideologías del momento, están afectando a la vivencia de la fe y a los comportamientos sociales de muchos ciudadanos y, por tanto, también a los miembros de la familia. Si no queremos dejarnos arrastrar por estos criterios, todos deberíamos asumir que la formación cristiana de todos los bautizados debe ser algo prioritario.

Quienes no estén dispuestos a dedicar un tiempo de la vida a su formación, con el paso del tiempo encontrarán muchas dificultades para permanecer en la fe recibida, para crecer como discípulos y para asumir la misión evangelizadora de la Iglesia. Es más, ante los ataques constantes de la cultura secularizada y laicista, las personas que no tengan una fe sólida y madura se verán arrastradas a la indiferencia religiosa.

«En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta duramente a prueba y no raramente sofocada y apagada. Se advierte, por tanto, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. Necesitamos hoy personalidades cristianas maduras, conscientes de su propia identidad bautismal, de la propia vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. ¡Necesitamos comunidades cristianas vivas!»⁵⁵

55 JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, Roma, 30 de mayo de 1998.

4.2. Sin conversión, es imposible la formación

Los cristianos, a pesar de nuestra dignidad como hijos de Dios, experimentamos cada día dificultades para la realización personal y para el seguimiento de Jesucristo debido a la experiencia de pecado y a las propias limitaciones. Esto nos permite descubrir que, si no asumimos esta realidad, la formación cristiana no será posible, pues ésta es siempre un medio para avanzar en la conversión personal y para luchar contra nuestra inclinación al pecado.

Esta visión de la persona nos obliga a contemplar la propia existencia, así como la realidad social y eclesial, con la mirada de Dios. Solo así podremos llegar a captar que Él se hace presente en todos los momentos de la existencia, también en la limitación y el pecado, para levantarnos de nuestra postración, para regalarnos su perdón y para ayudarnos a ofrecer nuestra respuesta amorosa al Padre celestial.

La experiencia nos dice que la conversión a Dios y a los hermanos no se alcanza nunca plenamente, sino que es una exigencia permanente en la vida del discípulo de Jesucristo. Por eso, desde los primeros momentos de la Iglesia, quienes deseaban recibir los sacramentos de la iniciación cristiana recibían una formación mediante la participación en el catecumenado, que era un proceso de conversión y de purificación de los pecados.

La formación, en este sentido, tendría que ayudarnos a descubrir la necesidad de conversión y de arrepentimiento de los pecados para experimentar la misericordia del Padre y recibir su perdón por medio de Jesucristo. Solo si avanzamos en la conversión, podremos llegar a la consecución de un nuevo modo de vivir, pensar y actuar, más acorde con las enseñanzas evangélicas y con el seguimiento de Jesucristo.

El proceso educativo, por tanto, deberá estar orientado a la formación de un creyente, encarnado en el mundo, necesitado de Dios, atento a sus semejantes, preocupado del cuidado de la naturaleza, consciente de que no puede realizarse ni crecer como persona en solitario, sino en comunión con los demás, especialmente con los restantes miembros de la comunidad cristiana. Por eso, la dimensión formativa no

sería bien entendida, si favoreciese un espiritualismo desencarnado y sin compromiso con el mundo.

4.3. La formación presupone una antropología

Las reflexiones y opiniones que los seres humanos dieron sobre sí mismos a lo largo de la historia han sido muchas y, en ocasiones, contrapuestas. Ante esta variedad de opiniones, la Iglesia, a la luz de la Revelación divina, tiene el deber de ofrecer su propia concepción de la persona, valorando su gran dignidad y su vocación incomparable.

El Concilio Vaticano II, al referirse a la identidad del ser humano, parte de las enseñanzas de la Palabra de Dios: «La Biblia señala que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios»⁵⁶.

La primera dimensión del hombre que hemos de tener en cuenta es su origen en Dios. Creado a su imagen, el ser humano no puede concebirse ni entenderse sin Dios, pues de Él recibe su vocación y misión en la historia. La persona existe desde su relación con Dios, con los hermanos, con los demás seres vivos y con el mundo. La formación, por lo tanto, debería ser un medio para ayudar a la persona a vivir su dignidad y su vocación cristiana como imagen de Dios, sin pretender ocupar su lugar.

En este sentido, puesto que en Jesucristo se desvela el verdadero rostro de Dios y se manifiesta la posibilidad de realización del ser humano, la formación ha de presentarlo siempre como modelo y respuesta definitiva para su realización plena. Cuando la Iglesia pide la adhesión a Jesucristo, está pensando no solo en la salvación de la persona, sino en la plenitud de vida a la que pueda llegar, si permanece en Él y en sus enseñanzas.

Como el Espíritu Santo, enviado por Jesús a la Iglesia, es quien susci-

56 GS 12.

ta y hace crecer la vida nueva en los creyentes, cuando se abren a su acción fecunda, la formación cristiana tendría que ayudarles a permanecer atentos a la acción del Espíritu y a la variedad de sus dones para crecer como cristianos y seguidores de Jesucristo.

4.4. Valorar lo que tenemos

En ocasiones, los cristianos somos demasiado derrotistas. Al analizar la actividad pastoral o la formación cristiana desde nuestros criterios, solemos mostrar un cierto desencanto o desánimo, llegando a afirmar en alguna ocasión que todo está mal y que no existen planes de formación ni en la diócesis ni en las parroquias.

Como sucede con otros ámbitos de la vida, los planes pastorales y los proyectos de formación son siempre mejorables y, por lo tanto, hemos de revisarlos con frecuencia para que cumplan su objetivo y para corregir los fallos. No obstante, si analizamos la realidad con una mirada objetiva, tenemos que reconocer y valorar la actividad formativa que se ofrece desde la Escuela de Teología, desde los medios de comunicación de la diócesis, desde los grupos de lectura creyente y orante de la Palabra de Dios, desde la actividad catequética llevada a cabo en las parroquias y desde las sesiones mensuales de formación permanente de sacerdotes, consagrados y cristianos laicos.

Además, hemos de reconocer y valorar también la formación cristiana específica que, en estos momentos, se ofrece en los colegios, en los movimientos apostólicos, en las nuevas realidades eclesiales, en las hermandades y cofradías, así como la formación espiritual que se imparte por medio de los retiros y de los ejercicios espirituales.

4.5. Cada uno es el protagonista de su formación

Como he indicado anteriormente, en el ambiente de secularización e indiferencia en el que nos toca vivir, muchos bautizados no muestran especial interés por su formación cristiana o la ven como una obligación que impone la Iglesia para la recepción de los sacramentos de la iniciación cristiana o para la celebración del matrimonio.

Estos hermanos, en vez de contemplar la formación como una exigencia para profundizar en su vocación bautismal y en su pertenencia gozosa a la Iglesia de Jesucristo, la consideran como un simple mandato externo. Por lo tanto, si la formación coincide con los intereses personales, se asume y se cumple con lo mandado. Si, por el contrario, la propuesta de la Iglesia no está de acuerdo con los propios criterios, se desestima o se rechaza sin pensar en su conveniencia para vivir con gozo la propia vocación y misión.

Esta visión de las cosas conduce al abandono de la formación cristiana después de la recepción de los sacramentos. Una vez cumplido el trámite exigido por la Iglesia para la recepción del sacramento, se abandona la formación al no considerarla necesaria para vivir el seguimiento de Jesucristo y para ser sus discípulos.

Esto nos ayuda a entender que la formación cristiana, sin el protagonismo y la convicción personal, no puede cumplir sus objetivos, pues cada bautizado es quien tiene que desarrollar con la ayuda de la gracia divina su propio ser cristiano para «tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios»⁵⁷.

4.6. La formación exige esfuerzo e interés

Algunos bautizados se consideran suficientemente formados con los rudimentos de la fe recibidos en el seno de la familia o en la catequesis parroquial durante los primeros años de su vida. Aunque los catequistas y algunos amigos les hayan hablado de la necesidad de crecer y profundizar en la fe inicial, no están dispuestos a asumir un compromiso formativo más exigente porque produciría un trastorno en las restantes actividades o compromisos diarios.

La contemplación de la realidad, sin embargo, nos hace ver que las personas que desean llegar a la madurez en cualquier profesión necesitan dedicar un tiempo importante de su vida a la formación. El mismo esfuerzo y dedicación que asumimos para el desarrollo de la

57 LG 31.

actividad profesional, deberíamos asumirlo también para ahondar en los contenidos de la fe y en el conocimiento de las enseñanzas evangélicas.

Si el cristiano quiere ser consecuente con el Evangelio y crecer en el seguimiento de Jesucristo, debe vivir con la convicción de que la formación cristiana, como cualquier otra formación técnica o profesional, exige esfuerzo y sacrificio. Al iniciar un itinerario de formación cristiana permanente, no deberíamos engañarnos, pues los mayores obstáculos y dificultades para su realización están dentro de nosotros mismos.

4.7. La formación exige la organización del tiempo

Como consecuencia de las responsabilidades laborales, familiares y sociales, en la vida diaria siempre existen momentos de mayor agobio. A pesar de ello, los cristianos debemos tener siempre presente que todos necesitamos tiempo para renovar y actualizar la formación cristiana recibida en el pasado. Nadie puede crecer en el seguimiento de Jesucristo y asumir con gozo la misión evangelizadora de la Iglesia, si no conoce, estudia y medita el Evangelio.

Esto nos permite descubrir y tomar conciencia de que, además del sacrificio y esfuerzo personal, para avanzar en el camino de la conversión, es preciso también asumir algunas renunciadas y sacrificios. En medio de las múltiples y variadas actividades, en las que todos estamos inmersos, quienes quieran avanzar y crecer en su formación cristiana han de buscar y encontrar los tiempos adecuados para poder hacerlo.

Sin la organización del tiempo y de las actividades de cada día, no será posible encontrar momentos para madurar como creyentes y como miembros vivos de la Iglesia por medio de la formación cristiana. La dedicación de espacios de tiempo a la formación lleva consigo la renuncia a otras actividades que pueden ser muy buenas y que nos gustaría realizar.

Es más, estas renunciadas a ciertos compromisos y trabajos para dedi-

car ese tiempo a la formación cristiana y al descubrimiento de nuestra fe pueden acarrear, en algún momento, la percepción de menores ingresos económicos, pues el tiempo elegido para la formación podríamos dedicarlo a la realización de otras actividades con una rentabilidad económica.

Sin la organización del tiempo y la renuncia a otras actividades, será totalmente imposible encontrar momentos para asumir un itinerario formativo que nos ayude a crecer como creyentes. Por eso, quienes no estén dispuestos a renunciar a algo en la vida para dedicar ese tiempo al conocimiento de Dios y a la maduración en la fe encontrarán siempre justificaciones y disculpas para no participar en los encuentros de formación a pesar de los buenos deseos.

4.8. No hay formación sin formadores

La experiencia nos dice que, si no existen cristianos con una buena formación, será imposible crecer en la fe de la Iglesia y llevar a cabo su misión evangelizadora, pues la formación busca ante todo despertar la vocación de quienes son evangelizados. Sin cristianos maduros en la fe y conscientes de su pertenencia a la Iglesia, no será posible impregnar las realidades sociales y culturales del espíritu del Evangelio: «No hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio»⁵⁸.

El impulso de una pastoral verdaderamente incisiva y eficaz requiere la formación de los formadores. Si quienes tienen la responsabilidad de acompañar a los demás en su formación, no están en constante proceso de formación permanente e integral llegará el momento en el que podrán ofrecer a los demás contenidos doctrinales, pero faltará siempre el testimonio creyente que debe acompañar la formación.

En estos momentos, aunque la formación cristiana de todos los bautizados debe ser algo prioritario para la Iglesia, tendríamos que dedicar un tiempo especial a la formación de los formadores, a la formación de

58 EN 18.

aquellos presbíteros, consagrados y fieles laicos que han descubierto la necesidad de colaborar en la transmisión de la fe a sus hermanos.

El catequista o responsable de la formación cristiana de un grupo de hermanos debe tener la capacidad de acompañarlos en su proceso personal de crecimiento en la fe. Consciente de su misión educativa, pondrá todos los medios a su alcance para ayudar a cada uno de los miembros del grupo a crecer en una relación madura con el Señor, en la vivencia de la comunión eclesial y en su compromiso cristiano en el mundo.

Sin olvidar nunca su responsabilidad con los hermanos que forman parte del grupo, el acompañante, llegado el momento oportuno, debe estar dispuesto a dejar que cada uno de sus miembros asuma la responsabilidad personal en el recorrido de su propio camino de fe. Este servicio al grupo requiere una cualificación por parte del acompañante.

4.9. Materiales de formación

En el proceso formativo es muy importante elegir y utilizar materiales que faciliten la comprensión por parte de los miembros del grupo y que favorezcan su participación activa. No obstante, aunque los materiales de formación sean muy claros y didácticos, lo más importante es siempre la persona del animador del grupo o del catequista.

La renovación de la fe y de la vida cristiana de los niños, jóvenes y adultos, requiere unos catequistas con una intensa vida espiritual, enamorados de Jesucristo y de la Iglesia, buenos conocedores de la Sagrada Escritura y de la vida interior de los catecúmenos. Ciertamente, los catecismos y materiales de formación son importantes, pero la verdadera garantía de una buena catequesis se sustenta en la vida espiritual y en la buena formación humana, intelectual y pastoral de los animadores o catequistas. En este sentido, no deberíamos olvidar nunca que la fe y la vida cristiana, al final, se viven por imitación y contagio.

Esto nos recuerda que, desde el inicio del proceso formativo, debería-

mos asumir que los materiales utilizados para la formación cristiana son simples medios y, por tanto, no pueden considerarse nunca como un absoluto. En la formación, lo más importante es siempre la persona creyente que se responsabiliza de la animación del grupo o que imparte la catequesis.

Tanto los acompañantes de los grupos como los catequistas deben tener la capacidad de adaptar los materiales a la comprensión y capacidad de los formandos, asumiendo la necesidad de respetar los ritmos y capacidades de cada persona. Lo más importante de un proceso formativo no está en la culminación de todos los temas previstos, sino en hacer bien lo que se hace, favoreciendo la participación de los miembros del grupo y la vivencia de la caridad entre ellos.

4.10. Necesidad de ofrecer respuestas formativas articuladas

La Iglesia ha respetado las iniciativas individuales o grupales en la formación cristiana de los bautizados, siempre que estuviesen de acuerdo con el Evangelio y con las enseñanzas del Magisterio eclesial. Sin embargo, en una sociedad tan compleja como la nuestra en la que se palpa la confusión, es preciso ofrecer respuestas articuladas, desde una mayor unidad y fraternidad entre los distintos movimientos o grupos eclesiales.

Sin perder la propia identidad, cada grupo eclesial o cada movimiento apostólico debería buscar los caminos más adecuados para crecer en la comunión con los demás y en la mutua colaboración. Ante todo, tendríamos que crecer en el conocimiento mutuo para avanzar en la estima y el afecto.

San Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Christifideles laici*, nos ofrece magníficas reflexiones sobre la vocación y la misión del laico en la Iglesia y en el mundo, recordando la necesidad y urgencia de su formación. Los cristianos, los movimientos apostólicos y asociaciones laicales deberían tener este documento básico como ideario.

Si este documento del Santo Padre fuese estudiado y asimilado por los miembros de los movimientos apostólicos y por quienes se forman

en sus comunidades parroquiales, existiría mucha mayor concordancia y entendimiento entre ellos, aunque perteneciesen a distintos movimientos o asociaciones. Todos hablaríamos un mismo lenguaje.

5

Conclusión

La vocación, los sacramentos y la misión son aspectos fundamentales de la vida cristiana; pero, no podrán desarrollarse ni producir fruto abundante, si no existen procesos de formación cristiana integral y permanente que ayuden, no solo a conocer las verdades fundamentales de la fe, sino a vivirla de forma más consciente y radical, como decisión personal de adoración a Dios que nos ofrece su salvación por medio de Jesucristo.

Para ello, la iniciación cristiana, la catequesis y los itinerarios formativos deben estar orientados a la conversión, puesto que la conversión de la persona es el principio y fundamento de toda la vida cristiana. Sin este primer paso, todas las actividades evangelizadoras y los proyectos pastorales no producirían el fruto adecuado pues sería construir sobre arena. Esto quiere decir que la acción pastoral en nuestros días, debería comenzar por una pastoral de la fe y de la conversión a Dios como Creador y a Jesucristo como Salvador y Señor de la vida personal y comunitaria.

La nueva evangelización, a la que nos convocan insistentemente los últimos Pontífices y que la misma realidad demanda de nosotros, debe consistir fundamentalmente en ayudar a nuestros hermanos a descubrir y acoger la verdad de Dios por medio de la fe. Esto presupone que dejemos de adorarnos a nosotros mismos y a los ídolos que nos ofrece la cultura actual para poner nuestra confianza en la acción del Espíritu, que nos precede y acompaña siempre en el descubrimiento de la propia vocación, en las celebraciones sacramentales y en la vivencia de la misión evangelizadora.

Que la Santísima Virgen, la mujer que puso su confianza plena en el cumplimiento de las promesas divinas y en la acción del Espíritu Santo, junto con san José, a quien el Padre encomendó el cuidado y la formación de su Hijo hecho hombre, nos enseñen a buscar, aceptar y cumplir siempre la voluntad de Dios, y nos muestren a Jesucristo para que, postrados ante Él en actitud contemplativa, nos dejemos guiar siempre por su Palabra de vida.

Con mi sincero afecto y mi bendición.

+ Atilano Rodríguez Martínez

Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Guadalajara, 28 de noviembre de 2021

Primer Domingo de Adviento

Siglas utilizadas

- AA** CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam Actuositatem, sobre el apostolado de los laicos*.
- CDSI** PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, 2005.
- CHL** JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Post-sinodal Christifideles Laici sobre vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, 30 de diciembre de 1998.
- CLIM** CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, Madrid, 1991.
- DCE** BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus Caritas Est sobre el amor cristiano*, 25 de diciembre de 2005.
- DV** CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Dei Verbum sobre la Divina Revelación*.
- DVP** CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*, Roma, 2016.
- EE** JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Post-sinodal Ecclesia in Europa sobre Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa*, 28 de junio de 2003.
- EG** FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Post-sinodal Evangelii Gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*, 24 de noviembre de 2013.

- EN** PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntian-
di acerca de la evangelización en el mundo contem-
poráneo*, 8 de diciembre de 1975.
- GS** CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium
et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual*.
- LG** CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática Lu-
men Gentium sobre la Iglesia*.
- SpS** BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spes Salvi sobre la
esperanza cristiana*, 30 de noviembre de 2007.
- VD** BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica post sinodal
Verbum Domini sobre la Palabra de Dios en la vida y
misión de la Iglesia*, 30 de septiembre de 2010.
- SRS** JUAN PABLO II, *Carta encíclica Solicitudo Rei Socia-
lis*, 30 de diciembre de 1987.



SÍNODO
DIOCESANO
vivelo!